

CONFERENCIA SOBRE EDUCACION Y DESARROLLO ECONOMICO  
Y SOCIAL EN AMERICA LATINA

Santiago de Chile, 5 a 19 de marzo de 1962

Documento Informativo N° 04

EXPOSICION DEL SEÑOR RAUL PREBISCH, SUBSECRETARIO  
DE LAS NACIONES UNIDAS A CARGO DE LA SECRETARIA  
EJECUTIVA DE LA COMISION ECONOMICA PARA AMERICA  
LATINA, EN LA SESION INAUGURAL \*

Deseo que mis primeras palabras sean para agradecer muy cordialmente a las autoridades de esta Universidad Técnica del Estado el generoso y eficaz esfuerzo que han hecho en el sentido de que esta reunión pueda tener un desenvolvimiento adecuado.

A mi juicio, la convocatoria de esta conferencia comporta por sí sola una definición de fondo: los problemas de la educación latinoamericana no pueden considerarse con prescindencia de la estructura económica y social.

Si es exigua, en general, la proporción de individuos que desde los tramos inferiores de la escala social llegan a la educación media y superior, ello no sólo se debe a las fallas reconocidas de los sistemas educativos, sino principalmente a esa estructura económica y social, a los obstáculos poderosísimos que dentro de ella dificultan la movilidad social.

Todo ello significa un tremendo desperdicio de energías vitales en América Latina. Discurremos con insistencia sobre los valores espirituales de la cultura occidental. ¿Pero hasta qué punto es accesible esa cultura a las grandes masas de nuestra población, a todos aquellos que están especialmente dotados para adquirirla, al igual que en los estratos superiores de la colectividad? Y también señalamos con insistencia los economistas la importancia decisiva de la iniciativa individual - y así lo creo - en la eficacia del sistema económico; pero esa iniciativa se encuentra asimismo seriamente restringida por aquellos obstáculos estructurales que impiden a gran número de individuos - sobre todo en las capas sociales inferiores - ejercitar plenamente su aptitud de iniciativa individual.

---

\* Este texto es provisional.

/Es indispensable

Es indispensable prepararnos para aprovechar al máximo esta potencialidad de iniciativa en la gigantesca tarea de absorber, asimilar y adoptar el vastísimo caudal de la tecnología contemporánea. Problema éste que no se circunscribe a la tecnología que está generosamente a la disposición de los países en desarrollo, sino a la que se les sustrae en forma pertinaz en ciertos enclaves de tecnología que todavía perduran, como si experiencias definitivas en otras latitudes no hubieran probado ya que, aún partiendo de una tecnología rudimentaria, es posible en el breve lapso de una generación captar sin limitaciones desde los secretos de la explotación de los recursos naturales hasta las mayores complejidades de la industrialización.

En fin de cuentas, la eficacia, la validez dinámica de un sistema económico en un país en desarrollo depende, entre otros factores importantes, de la amplitud de posibilidades que se ofrecen a todos los individuos, cualquiera que fuere su posición en la escala social, sujeta desde luego a un proceso ineluctable de mutaciones. Y sólo se llegará a la eficacia máxima, cuando, resuelto el problema de la educación primaria, comprobemos que disfrutan de la educación media y superior individuos de los distintos grupos sociales, en proporción al valor numérico de estos grupos. No lograremos conseguirlo sin progresivas transformaciones estructurales.

No se tome esta afirmación como si dentro del orden de cosas existente no pudiera mejorarse notablemente la educación y hacer desaparecer el manifiesto divorcio entre los sistemas educativos presentes y las exigencias del desarrollo económico. Pero la solución de fondo sólo podrá venir - y venir progresivamente - si es que el problema educativo se ataca con decisión y se combina simultáneamente con un esfuerzo por remover todos los obstáculos estructurales que están impidiendo alcanzar o mantener una tasa elevada de desarrollo económico. De ahí, la necesidad ineludible de aquellas transformaciones estructurales. Por un lado, las destinadas a aprovechar plenamente las posibilidades existentes del potencial productivo: en la tierra, con los cambios en un régimen de tenencia que son indispensables para revolucionar la tecnología productiva; y en la industria, eliminando las prácticas restrictivas y monopolistas y ensanchando su horizonte en un mercado común latinoamericano. Y por otro lado, las transformaciones indispensables para ampliar el potencial productivo con grandes y crecientes /inversiones, no

inversiones, no sólo en maquinarias y equipos, sino en la destreza y voluntad de los hombres para aprovecharlas intensamente.

Esto requiere una movilización considerable de los recursos invertibles de que nuestros países disponen internamente. Estoy persuadido de que este esfuerzo tiene que ser mucho más intenso de lo que comúnmente se supone. Si a las inversiones necesarias para acelerar la tasa de desarrollo, dado el ritmo impresionante que está alcanzando el crecimiento de la población, agregamos las que exigen la educación, la vivienda y la salud, no cabe duda de que las cifras excederán en forma acaso insospechada a los recursos internos de inversión que se están utilizando en la actualidad. Ese mayor esfuerzo representa modificar intensamente los módulos de consumo, sobre todo en los grupos de altos ingresos.

Pero asimismo se requiere una amplia aportación de recursos internacionales para complementar el esfuerzo interno. De lo contrario, tendrían que forzarse el ritmo de las inversiones con recursos nacionales, para lo cual no bastará comprimir al máximo el ingreso de los grupos que ocupan la parte superior de la escala social, sino también - mucho me temo - el consumo y el crecimiento del consumo de las masas populares, hasta extremos que pudieran exigir muy serios sacrificios políticos y sociales. De ahí, la significación política, la única significación política de la Alianza para el Progreso.

Como quiera que fuere, la desproporción entre recursos externos e internos y las necesidades de inversión impone en forma ineludible la necesidad de planificación en América Latina. Planificar implica establecer un orden de prelación en esas inversiones. Y como no nos es dado hacer todas éstas en forma simultánea, es natural que en un orden de prelación corresponda a las inversiones en educación un lugar destacado, subrayando que se trata de inversiones y no gastos. Pero en el mismo campo educacional se necesitan claras orientaciones y objetivos. Hay formas de educación - las de adiestramiento técnico - que van a contribuir directamente al aumento de la producción, y hay otras que sólo podrán abordarse plenamente cuando el crecimiento del ingreso por habitante permita disponer de los recursos necesarios para hacerlo. Educación para aumentar la productividad, y educación para mejorar al hombre, para perseguir ese fin último que es la excelencia /del hombre.

del hombre. Combinar racionalmente todo esto y hacerlo en compatibilidad con la satisfacción de otras necesidades apremiantes de inversión y consumo exige la planificación económica y social. Por ello, para adecuar todas las inversiones económicas y sociales a objetivos claros, es indispensable que los economistas iniciemos el diálogo con los expertos en otras disciplinas en el campo social. Iniciamos hoy este diálogo con los expertos en educación y buscaremos con ellos un lenguaje común. El problema no deja de ser delicado, y no sólo por sus dificultades intrínsecas, sino por las relaciones de compatibilidad entre dos distintas aspiraciones económicas y sociales. Avanzar resueltamente en la educación sin hacerlo en el desarrollo económico sería crear nuevos elementos de frustración y tensión social que se agregan a los existentes. Y pretender avanzar en el desarrollo sin hacerlo adecuadamente en la educación es malograr gran parte del esfuerzo de inversión.

La idea de planificación económica y social todavía arredra a grandes grupos dentro y fuera de nuestros países, a pesar de basarse sobre ella la Alianza para el Progreso. Se sostiene que la planificación, sobre ser perturbadora, es innecesaria. Depende del punto de observación social en que nos situemos. Si se quiere preservar el orden de cosas existentes, el esfuerzo planificador es innecesario y puede incluso acarrear trastornos, pero si nuestro designio es cambiar el orden existente, la planificación se impone en forma inevitable. Tenemos que aprender a obrar consciente y deliberadamente sobre las fuerzas de la economía para conseguir grandes objetivos económicos y sociales. Sin sustraernos a movimientos emocionales que nos lleven a emprender acciones audaces y a proseguirlas con tenacidad, debemos aprender a establecer esos objetivos con previsión, a introducir el cálculo y la racionalidad en la acción colectiva para mejorar la suerte del hombre en tierra, como el cálculo y la racionalidad - tampoco exentos de impulsos emocionales - están llevando al hombre a la conquista inconcebible del mundo sideral.